

Lágrimas que dan vida

Nuestra humanidad está amasada en lágrimas: Es el primer signo de vida que recogen nuestros parientes al nacer. Gritamos, pataleamos, nos retorremos en nuestro dolor. Y entonces, brota desde dentro como un grito estertóreo, el llanto, expresión de nuestra debilidad, catarsis profunda que limpia, sana, purifica. Las lágrimas son palabras líquidas que graban en el entorno nuestra angustia y quejumbre existencial.

Un gran teólogo protestante, Dietrich Bonhoeffer, lo ha plasmado en moldes de oro: “Solo el Dios que sufre puede ayudar a quienes sufren”. El Dios cristiano es un Dios humanado, encarnado, solidario, fraterno. Al asumir nuestra humanidad, asume todo nuestro dolor y en el recipiente único de su corazón, caben todas nuestras lágrimas. Va de la mano con cada ser humano “naciendo desde nuestro dolor diseminado”.

“Toda lágrima enseña a los mortales una Verdad”. Y ¿Cuál verdad? Nuestra limitación, nuestra impotencia. Que toda lágrima es pan mojado para compartir. Que las lágrimas tienden manteles anchos para recoger y potenciar nuestras cruces, nuestro sufrimiento. Y allí aprendemos la gran lección: “El sufrimiento interno es el seno materno de las obras inmortales”. Allí recobramos el sentido de la vida.

Ha muerto Lázaro, el amigo de Jesús. Sus hermanas lloran a torrentes. Le reclaman al Maestro su ausencia. Pero, “Dios no ahorra a sus amigos las lágrimas. Las enjuga”. Y ahí está presente para hacerlo: Enjugar, consolar mezclando sus propias lágrimas con los dolientes, sus amigos. Y llora. En sus gestos, en su angustia va dando signos de vida que lo desatan y lo rescatan a su cotidianidad: “Levántate”, dice.

Cochabamba 26.03.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com